

—No hablemos de eso, dijo Neoutof pasando su mano con caricia paternal sobre los cabellos de oro de la jóven. Usted tambien me ha dado muchos goces, tantos que no sé cómo pagarlos. . . . Siéntese á mi lado, y hablemos.

Pero la jóven no pudo oírle, no hizo más que llorar. Su alma se derretia en torrentes de lágrimas, y no sabia si era pesar ó alegría lo que sentia tan dolorosamente desbordante. Todos sus propios esfuerzos, todas las tiernas palabras de Neoutof, no conseguian calmarla. Resolvió retirarse á su habitacion y meterse en la cama. El pensamiento de la dicha de Ulrico le parecia profano, así es que no quiso escribirle aquel dia: parecíale casi que era viuda, y que no tenia derecho á regocijarse con el hombre que amaba cuando aquél de quien habia llevado el nombre se encontraba triste y solo.

XXIV

El dia siguiente por la mañana, el general mandó llamar el más hábil legista de San Petersburgo, á fin de saber que dificultades podria encontrar su divorcio. La respuesta no fué muy satisfactoria. Sin duda el divorcio era posible; pero las condiciones en que la ley le conceda son penosas, casi igualmente, para ámbos esposos.

—No importa, dijo el general, estoy decidido á sufrir todos los fastidios imaginables

con tal de volver á mi mujer una libertad que he usurpado por bastante tiempo. Compréndame bien, caballero, es menester que todas las desventajas estén de parte mia. La condesa es una persona admirable, y digna de la más alta estima. Lo esencial es que salga intacta de una prueba en la que usted pueda darme el papel más ingrato que sea necesario.

El legista reflexionó: el caso que se le presentaba era seguramente muy raro; de ordinario uno de los cónyuges, por lo menos, se queja amargamente del otro; lo más frecuente es que los dos estén igualmente descontentos. Aquí el marido parecía adorar á su mujer; llamada la condesa, habló poco más ó menos en los mismos términos que su marido. El juriconsulto hubiera exclamado con gusto como don Basilio "¿A quién se engaña aquí?". Pero alguna mayor reflexion le hizo pronto adivinar á lo ménos una parte del drama que iba á desarrollarse ante el Santo Sínodo. El conde volvía la libertad á su mujer para que ella pudiese proceder á su segundo matrimonio. . . . Nadie podría jamás alcanzar la profundidad de tan grande abnegacion.

Siendo el matrimonio en Rusia una institucion puramente religiosa, es el Santo Sínodo quien juzga los casos de divorcio, excesivamente raros en la alta sociedad. Siendo el emperador el presidente de este tribunal, á él habia que dirigirse primero para obtener su beneplácito. Neoutof escribió su súplica en los términos requeridos, y añadió, escrita con su valerosa mano, una carta en la que imploraba particularmente la clemencia de su soberano, reconociendo que habia hecho mal en encadenar á su existencia á una criatura tan encantadora como la condesa, pero que habia contado conque le quedaria ménos vida y que su viuda lo hubiera sido más pronto.

Nada hay secreto en una corte; la noticia de su peticion de divorcio filtró tan rápidamente al través de las paredes, que todo el mundo la supo veinticuatro horas despues de haber sido depositada en las manos imperiales.

Fué un grito único. Jamás jauría de perros ladró con más uniformidad contra un desdichado ciervo perseguido. Y tanto la vispera aún, fué admirado el matrimonio Neoutof, cuanto ahora era recriminado. Neoutof

fué un viejo egoista, imbécil, que se habia casado á la edad en que las gentes honradas sin herederos directos tienen el derecho de firmar en favor de una comunidad religiosa y el deber de morir en un plazo convenientemente cercano. Cleopatra, por su parte, fué una jóven ambiciosa, que habia hecho una boda de interés y que ahora se mordía los dedos.

Tales personas eran, en verdad, bien poco interesantes.

La princesita Charamirof se hizo notar en esta circunstancia por su celo excesivo en la buena causa. No sería á ella á quien lazos de parentesco impedirían juzgar las cosas conforme á la verdad. Desde luego ya lo habria dicho siempre; Cleopatra se arrepentiría un día de haber preferido la fortuna á la dicha.

Era exacto, lo habia dicho siempre, sólo que olvidaba añadir en qué consistía aquella dicha desdeñada, y nadie se acordaba ya que aquella dicha inestimable era en otro tiempo para Cleopatra vivir como parienta pobre en casa de una hermana millonaria.

Bien pronto un nuevo horror vino á añadirse á los que la caridad pública acumulaba

sobre los esposos deseosos de separarse. Pedían el divorcio y continuaban viviendo juntos. Y amás se habia oido hablar de nada parecida. Cuando dos se divorcian, es porque se detestan. ¿Qué podría pensar de gentes que querian separarse y que no podían abandonarse?

Esto era tambien exacto; á despecho de la costumbre y esperando que el emperador hubiese hecho saber si autorizaba ó no al general á presentar su instancia, Neoutof habia suplicado á Cleopatra que continuara viviendo en la casa.

—Si obtenemos la autorizacion de separarnos, le dijo, siempre será tiempo para que se retire á un convento; si esta autorizacion no se consigue ¿para qué saldria de una casa á donde tendria que volver? Porque volveria usted, Cleopatra.

—¿Tendría el valor de vivir en otra parte que no fuera al lado de su viejo amigo, ante el cual á lo ménos podria llorar?

Ponia en sus discursos y en sus acciones un calor de alma, una generosidad tal, que su mujer se sentia cada vez mas atormentada. Aceptar la libertad de aquellas manos pródigas en beneficios le parecia abusar de

su bondad. El la colmaba de atenciones y de regalos, y cuando ella quería resistir.

—Deje que haga mi gusto, le replicaba, mientras tenga derecho a ello; y déjeme darle las gracias mientras que me hace dichoso.

Neoutof no ponía en esto ninguna afectación; era una alma elevada, que no retrocedía ante las consecuencias de sus desiciones. Había hecho el sacrificio de todo cuanto había de terrestre en el afecto que sentía por Cleopatra; en el gran arrebató de heroísmo que le impulsaba, no sentía ni la fatiga ni el dolor; al modo que un viajero que sube á una cima, no piensa ya, al verse tan próximo, en los peñascos que le desgarraban los piés, ni tampoco en la sed ni en la fatiga.

Ulrico había sido prevenido por un corto billete. Neoutof había insistido en que Cleopatra le diera á conocer el resultado de la lucha entablada entre ellos dos; el jóven había respondido y habíase establecido una correspondencia cotidiana, ardiente y mística por parte del sueco, comprimida y tímida por la de Cleopatra.

El jóven veía en ella á la esposa predestinada; su dicha alcanzada á través de tantos obstáculos, no le parecía ya dudosa;

decía que sus almas habían sido desposadas en la eternidad, y que nada podía impedirles que se pertenecieran.

Ella no sabía qué responderle; la alegría que hubiese podido experimentar no podía explayarse libremente bajo el techo del hombre de quien llevaba el nombre de esposa; comprendía que no sería dueña de sí misma sino cuando le hubiere abandonado, y todo su sér le dolía como una herida violentamente abierta, cuando pensaba en el día en que le dejaría solo.

Este día no parecía estar cercano. El emperador no daba á conocer su decision, y Neoutof, áun alegrándose interiormente porque le guardaba algún tiempo más la alegría de sus ojos y de su corazón, comenzaba no obstante á inquietarse sobre el éxito de su diligencia.

Creía que la causa de esta tardanza era el descontento absoluto de la emperatriz, quien había decidido que con ceder este divorcio sería alentar la venalidad en los matrimonios. El alma muy pura, de la soberana no admitía ningún compromiso de pasión.

—¡Ha escogido su propia suerte, pues que se la guarde.

Era una sentencia.

Cleopatra fué informada de ella, y su desaliento fué extremo. Sus fuerzas, que parecían renacer despues de la decision de Neouf, decrecían ahora con gran rapidez.

La verdad es que la jóven no estaba sostenida por nada, y que se consumía viviendo de sí misma. Las cartas de Ulrico, ardientes como besos, la turbaban sin tranquilizarla. Lo que hubiera sido necesario para reanimarla era la presencia del hombre á quien amaba. Arrebatada en un torbellino de pasión vivísima, hubiese olvidado el resto del mundo; sola, con sus cartas y sus inquietudes, no podía ni pensar ni dormir.

—Es preciso que la condesa vaya en persona á ver á la emperatriz, dijo un dia el lealista al general; solo con verla, se conmoverá Su Majestad.

Cleopatra, obediente, pidió una audiencia, que, contra lo que esperaba, fué concedida sin tardanza.

Fué á ella en un estado extraño de ánimo, con una resignacion casi de bestia, como si, no esperando nada bueno en este mundo, ya no temiera tampoco casi nada.

La emperatriz la recibió con tal frialdad, que desde las primeras palabras comprendió Cleopatra que no habia sido recibida sino con el solo fin de oír verdades muy duras.

—Ya la habia prevenido, señora, le dijo la soberana, no debia usted esperar ayuda más que de sí propia. A pesar de mis consejos, se obstinó usted en hacer un matrimonio que la religion y la razón reprobaban igualmente. Que caiga su falta sobre su cabeza.

Cleopatra se inclinó con respeto y salió.

Ni una lágrima brotó de sus ojos exhaustos. ¿Qué le importaba el vituperio, aunque desde muy alto cayera sobre ella?

Las conversaciones de sus antiguos amigos, de sus adoradores desdeñados, de las celosas, de las envidiosas, de los ociosos y de las ociosas, habian llegado hasta sus oídos de cien modos directos ó indirectos; la opinion pública la maldecía; pero ella no se preocupaba ya de la opinion pública. No obstante, si la emperatriz se mantenía en su rigor, el divorcio era imposible. ¿Qué sería de Ulrico?

Acababa de subir á su *coupé*, desde las primeras gestiones ya no salía más que en carruaje cerrado, cuando vió á Alsen, que se-

guía á lo largo la verja del parque, con la cabeza baja, sumido en la más negra melancolía. La dama tocó el botón de aviso, y el coche se paró delante del jóven. Sin reflexionar un segundo, Ulrico se sentó al lado de Cleopatra, y los dos ágiles trotones los llevaron por los bosques que prolongan el parque.

Sin cambiar una palabra, se habían tomado las manos como otras veces. . . . ¡cuánto tiempo hacía! y con los ojos cerrados, proseguían la vision deliciosa de los dias pasados.

Todo habia concluido, huido como humo por el aire puro y tibio: no tenían ya nada que temer; la emperatriz no estaba ya enfadada; nada importaba, puesto que estaban juntos.

—¡Ay querida mía! dijo Alsen cuando estuvieron bastante léjos para no tener encuentro con nadie; he creído que me moría de no verte. ¿Es posible ser á la vez tan feliz y tan desgraciado?

Ella sonrió con los ojos siempre cerrados, apretando su mano en la del jóven. Aquella mano que la tenía cogida era su fuerza y su vida; sentía volverle el valor, como si él la hubiera trasfundido su sangre generosa,

—Pero ¿tú serás mía, no obstante? la dijo envolviéndola en una mirada apasionada.

—Sí, respondió ella como extasiada.

—¿Cuándo tendremos el divorcio?

—No lo sé.

El la soltó bruscamente la mano, pero ella se la cogió en seguida. Desde que no se tocaban, Cleopatra se sentía desfallecer.

—¡Cómo! No obtendremos el divorcio? exclamó Alsen; sería un crimen negarlo. Tu matrimonio era una falta tan grande ante Dios, que los que tienen poder para desha- cerlo deben verificarlo. Adorada mía, me has cometido más que ésta falta, pero pesa gravemente sobre tí. No te librarás de esta carga sino el dia en que puedas obedecer á la voz de Dios y de la naturaleza.

Se exaltaba hablando; todo el fervor religioso de su educacion primera hervia en él con su amor contraido, mezcla singular de misticismo y de pasión.

Cleopatra apenas le escuchaba. Le tenia al lado, y esto le bastaba. Si siempre hubiese estado allí, no hubiera visto más que á él. El ausente, ella se quedaba sin vida. El orgullo que la había sostenido tanto tiempo la faltaba ahora, se encontraba perdida en un

mundo de pensamientos y de impresiones nuevas donde todo era triste, donde nada traía ese rayo de sol sin el cual no puede vivir la raza humana.

—No me riñas, dijo ella humildemente. Ya bien sabes que he hecho lo que he podido.

El se calmó inmediatamente.

—¿Qué dice la emperatriz? le preguntó, ¿Vienes de verla?

La pobre mujer suspiró al recordar lo que acababa de sufrir.

—No accede, respondió con tristeza, Alsen reprimió un movimiento de impaciencia.

—¿Y qué vas á hacer?

—No lo sé.

El la tomó en sus brazos con trasporta.

—Es menester sin embargo que seas mi mujer.... Abrazá mi religion y obtendrás lo que aquí se te niega....

Cleopatra secudió la cabeza.

—Tu religion no me qnerrá esposa infiel. Y luego ¡qué vergüenza! Decías que querias obtenerme tan pura y tan respetada como lo he sido siempre.... Ahora ¡cuánto fango en mi vestido blanco....! Y no obstante, soy la misma que ántes.

Alsen se tomó la cabeza entre las manos:

—Es por causa mi, dijo con amargura profunda. Hasta el dia en que nos conocimos, fuiste feliz. Vivias en el pecado, pero tu alma ignoraba su falta. Cuando te abrí los ojos, entraron con la luz todas las tristezas de la vida. ¡Oh, Cleopatra! ¿No hubiera sido mejor que no me hubieses encontrado en tu camino?

La jóven le abrazó locamente.

—No digas eso. Ahora no tengo más que á tí.

Y se estrecharon con toda la rabia de la desesperacion.

El cochero habia terminado de dar la vuelta por el bosque que le habia ordenado Cleopatra. Iban á separarse los amantes, sin saber cuándo se volverian á ver.

—¡Es tan dulce encontrarnos! dijo Cleopatra con su sonrisa melancólica.

—¿Cuándo nos veremos?

—Dios lo sabe.

—¿Qué vas á hacer?

—Pedir consejo al general.

Ulrico apretó los dientes.

—¡Le ódió! dijo.

Cleopatra tomó una actitud digna; semejante á su antigua actitud.

—Siento por ese anciano la veneración más profunda, dijo la jóven. Ese hombre es un héroe; no debes hablar de él sino con respeto y gratitud.

—Me quita tu persona.

—¡Ah! no sabes, al contrario, que es él quien me entrega á ti. Ulrico, si me amas, no hables jamás del conde sino para decir bien de él.

—Entonces no hablaré nada, dijo el jóven con acento sombrío.

Ya estaban á poca distancia de casa. Cleopatra le tomó las manos sin inquietarse de que pudieran verla.

—No nos separemos así, dijo, piensa en que yo no tengo más que tu recuerdo para sostenerme en mi lucha. Es muy cruel, te lo aseguro. Ulrico, sé bueno conmigo. . . .

El la miró con sus ojos negros desbordantes de llama:

—Pero si te adoro, respondió; solo vivo para tí. Ya ves qué papel tan ridículo estoy aquí desempeñando. Pido mi salida por motivo de salud, y me quedo sin razón alguna

No saben que es por tí por lo que me quedo. . . . Tengo miedo de que se sepa.

Cleopatra hizo un ademán resignado:

—Quizás eso valdria más, dijo; el temor del escándalo forzaria á que nos dejaran pronto libres.

—Sí, pero tú ¿qué no sufrirás tú, tan altiva?

—He sufrido tanto, dijo la jóven con indiferencia. Poco más, poco menos. Si sirviera para algo. . . . Ya estamos en casa. Adios, amor mio.

—Tuyo para siempre, vida mia.

El *coupé* se detuvo al pié del vestíbulo. Ulrico bajó y ofreció la mano á la condesa:

—¡Hasta la vista, señora! dijo inclinándose.

—Adios, caballero.

Y entró en la casa. Ulrico sombrío, bajó por la avenida para volver también á la suya.

Cleopatra fué en seguida al cuarto de su marido:

—La emperatriz te ha detenido mucho tiempo. ¿Qué noticias?

—Malas. Pero he visto á Ulrico de Alsen.

Estaba trasfigurada. El viejo la miró con compasión:

—¡Qué cosa tan maravillosa es el amor dijo. Por verla así todos los días, yo abandonaré mi postrer orgullo. Pero con esto no adelantaremos nada. ¿Y la emperatriz?

—Se niega á escuchar nada.

Neoutof dió algunos pasos por su gabinete.

—Eso se pone grave, dijo. Dijose un día que yo era el general más testarudo del ejército; aun podría ser que fuera el hombre más testarudo de Rusia. Es preciso consultar, obremos despues.

El legista fué llamado; comenzaba á interesarse en aquel divorcio singular que nada explicaba hasta ahora.

—¿No hay entre la camarilla de la soberana, alguien que tenga particular amistad por usted? dijo el general despues de haber reflexionado.

—No, dijo distraidamente Cleopatra. Neoutof levantó la cabeza.

—Sí, dijo, el gran duque Boris.

Cleopatra se estremeció. Era muy cruel tener que suplicar á aquel hombre para que intercediera por ella. Neoutof leyó parte de

este pensamiento en el rostro de Cleopatra; porque añadió:

—Iré yo.

Otro día escribió á su ilustre amigo rogándole que le recibiera. La respuesta fué que siempre sería bienvenido.

El gran duque habitaba en este momento su palacio de las Islas: era un viaje muy largo para el general. Durante tres ó cuatro días trató de intentarlo, pero se vió obligado á renunciar á él. Sus piernas humilladas se negaban á llevarle.

—Será menester que vaya usted, hija mia, dijo á Cleopatra. Hubiera querido ahorrarla esta molestia, pero ya lo ve, no es culpa mia.....

La jóven bajó la cabeza. Habria que beber esta gota de hiel más, puesto que era preciso.

Al día siguiente partió para San Petersburgo, á donde el general habia enviado el *coupé* la víspera, para que no tuviese necesidad la jóven de carruaje ageno.

Durante el trayecto, su alma estaba llena de recuerdos y de pensamientos dolorosos. Y no es que se sonrojara ahora de pedir al hombre á quien habia creído amar un día;

que la ayudara á casarse con otro Pasaba por cima de aquella vesgüenza. Pero, entonces era tan dichosa todavía Ahora aquel pasado dichoso se perdía como entre espesa bruma, el porvenir no existía; solo la perseguía el presente bajo un millon de formas, todas crueles. No había vuelto á ver á Ulrico, la tortura de la ausencia había tomado una intensidad increíble. Comprendía que lejos de él, se consumiría hasta perder las últimas fuerzas.

XXV

Cuando llegó al palacio de las Islas, se anunció. Introducida inmediatamente en el despacho del gran duque, le vió venir hácia ella con las manos tendidas y una viva expresión de sorpresa en el rostro. Habiendo adivinado el objeto de aquella visita dudaba que la hubiera hecho ella misma.

—¿Usted por aquí, señora? No hubiera podido esperar tanta dicha.

La jóven se sentó en el sillón que le ofrecía, y le miró á la cara.

—¿Sabéis á qué vengo, monseñor? le dijo.

Recobraba su orgullo; allí en una situación y en lugar que le recordaba su antigua existencia.

—Preferiría oírlo de su boca, dijo el gran duque.

Sin manifestarlo de una manera ostensible, la examinaba con curiosidad.

No era ya la mujer que había conocido, era otra distinta, tan transfigurada como desfigurada por la llama que le consumía.

—Pues, dijo ella sencillamente, yo era feliz con mi marido, el general Neoutof; habéis, monseñor, contribuido á que yo aceptara este matrimonio

—¿Yo?

Sus ojos se encontraron. No fué ella la que volvió los suyos. En aquella mirada, de un azul intenso, él había visto muchas cosas pasadas, que no le habían dejado más que un recuerdo honroso y dulce.

—Sí, monseñor. La bondad de Su Alteza Imperial fué un peso importante en mi resolución de casarme con su amigo

—Me acuerdo, dijo Boris en tobo conmovido; continúe, señora.

—Era dichosa con el general, que es el hombre más delicado, más noble y mejor del mundo De pronto encontré á otro hombre que, sin la participación de mi voluntad, fué dueño de mi vida.

—¿Le ama? preguntó Boris con una pequeña opresión en el corazón.

—Me muero por amarle, respondió la jóven en una expresión sencilla y profunda.

—¿Y se llama?

—Ulrico de Alsea, agregado militar en la embajada de Suecia. Ha presentado su dimisión.

—¡Ah! ¿ese mozo?

Boris vió en su imaginación la hermosa presencia y la noble figura del jóven sueco.

—Sí, monseñor, ese, repuso Cleopatra, realzando el acento algo desdeñoso del gran duque.

—¿Y quiere usted casarse con él?

—Querémos casarnos.

Hubo un silencio absoluto en la vasta sala ordenada de sembrías tapicerías.

Boris fijó los ojos en la jóven.

—Arriesga usted muchísimo en su nuevo juego, le dijo. Si obtiene lo que pide, será para usted la desgracia, el destierro y probablemente la pobreza, porque ese jóven debe tener muy poca fortuna.

—Muy poca, monseñor. Es, en efecto, el destierro y la pobreza.

—Le costará trabajo acostumbrarse.

En el semblante de Cleopatra apareció la sonrisa de sus antiguos tiempos.

—He sido pobre toda mi vida, salvo durante los cinco años que acabo de pasar con el título de condesa de Neoutof. La pobreza decente es una antigua amiga, y nos alegráremos de volvernos á encontrar.

Boris hizo un movimiento lleno de respeto. Cleopatra era verdaderamente un espíritu superior.

—Pero.... ¿y el disfavor? añadió Boris.

Otra sonrisa de los antiguos tiempos vagó por los lábios de la dama.

—El disfavor es ya para mí completo, respondió con finura, no me rehabilitaré jamás. Sólo la amistad que Vuestra Alteza Imperial

me dispensaba un tiempo ha sobrevivido quizás en este naufragio.

—Seguramente, replicó Boris con sinceridad.

Se reprochaba haber experimentado hacia poco un sentimiento egoísta.

—Entonces sufriré mi suerte, consolándome con lo que me haya restado en la vida, concluyó Cleopatra.

Boris se quedó otra vez silencioso. Tenía delante una existencia destruida, pero el amor bastaba para que surgiera de las ruinas de aquella otra nueva.

—Dígame, condesa, continuó al cabo un momento, hábleme como á un amigo antiguo. Sé que le tiran piedras; no se conoce el nombre del hombre que ha preferido usted, puesto que yo lo ignoraba, mas no sabe que hay alguien por medio. El daño hecho á su reputación creo, y lo temo, que es irreparable..... ¿Por qué no ha esperado hasta que Dios hubiese llevado á Neoutof á su seno?

—Míreme, monseñor, replicó la jóven en voz ahogada. ¿No vé usted que me muero entre mi amor y mis deberes? ¿Puedo soportar

tar la prolongación de semejante suplicio? Hay mujeres que se cortan una manga muy ancha para sus juramentos y sus capitulaciones y que viven tranquilas en medio de la pasión. No soy de esas; no he hecho jamás traición ni a nadie ni a nada.... Pero mi vida corre.....

Boris se inclinó hácia Cleopatra y tomó su mano, que besó respetuosamente.

—Monseñor, repuso ella, al enviarme los Santos Evangelios, me disteis una gran lección; no es de los poderosos de la tierra de quienes se recibe de ordinaria los principios de humildad y de virtud; en aquel libro donde vuestro nombre firmaba la promesa de una eterna amistad, he jurado á mi marido ser una esposa fiel y no usar con él ni astucia ni engaño; por eso es por lo que vengo á suplicaros hoy que me ayude á desligarme de mi juramento de fidelidad....

—¿Le ama á usted, pues, mucho á ese jóven? preguntó Boris con su poquito de tristeza celosa.

—No sé cómo aman los demás; pero si se tarda en darme la libertad, quizás se llegue tarde ciénselo monseñor.

—Haré cuanto pueda, dijo Boris honestamente á la cara, la prometo hacer todo lo posible, todo lo posible.....

El insistía, viendo que en verdad aquella mujer estaba al cabo de sus fuerzas; quería que ella se llevase de él una buena impresión, la certeza, en fin, de que seguía siendo para ella un verdadero amigo.

Cleopatra se levantó.

—Adios, monseñor, le dijo, siempre ha sido muy bueno para mí.... Mi corazón se lo agradecerá eternamente, créalo.

Se acordó él en este momento de su temor de que ella se hubiese desdeñado por cobarde. Sus ojos se encontraron y se adivinaron los pensamientos.

—Merecía ser dichosa, dijo Boris recordando inconscientemente el pasado; Cleopatra, en verdad, parecía pertenecer poco al mundo de los vivos.....

La jóven reflexionó un instante; después sonrió débilmente.

Me había creado un ideal ficticio de la existencia; la realidad se ha vengado. Adios, monseñor.

El la condujo hasta la puerta; luego desde su ventana, miró á la jóven subir á su carruaje.

—Sí, pensó él. merecía ser dichosa, y yo ¿quién sabe? yo he pasado quizás al lado de la dicha.

XXVI

No había trascurrido una semana y el general Neoutof recibía la comunicacion de que podía dar curso á su instancia, puesto que ya el emperador no se oponía. El gran duque Boris había mantenido su palabra, había hecho lo que le había sido posible. Lo que nadie sabía ni supo jamás, fué que movió á piedad á la oberana, afirmándole que Cleopatra no viviría quizás el tiempo suficiente

para gozar de la libertad tan caramente pagada.

—Si debe morir, dijo la emperatriz, que Dios la perdone. No somos nosotros los mortales los que debemos juzgarla.

Era un hermoso día de verano. Los tilos embalsamaban el ambiente, como en la época en que bajo los árboles se encontraba Cleopatra con el gran duque. El viejo guardó algún tiempo en su mano la carta oficial; el lacre rojo que la había cerrado era el sello de su destino, roto como el. Era á la vez la ruina de su casa, y la aurora de una vida dichosa para Cleopatra; él lo creía á lo ménos. Viviendo á su lado, viéndola todos los días, no había notado el cambio gradual que había hecho de aquella belleza imponente una sombra casi aérea. Ella no se quejaba, estando siempre dispuesta á responderle, á darle una lectura ó tocarle música, ¿cómo había de notar él que la voz se volvía más débil, los dedos se cansaban más pronto, que el talle, siempre noble y gracioso, se doblaba en los sillones con aire de lirio tronchado?

Era cosa hecha, se iban á separar; las conveniencias y la ley exigían que desde ahora viviera Cleopatra bajo otro techo. La-

mó, dió orden de que pasara la condesa á su cuarto, y algunos instantes después entró la dama en el despacho del general.

—Hija mía, la dijo, no la llamaba de otro modo desde que le había devuelto su palabra, hija mía, tengo noticia que la interesan. . . . El emperador consiente el divorcio.

La joven tendió hacia el sillón del general sus dos manos demacradas, posándolas sobre el brazo de encina esculpido. Gustaba de este ademán, que la acercaba á su bienhechor sin contacto real.

—¿Está usted contenta? dijo él con una sonrisa algo sarcástica.

—Sí y no, respondió la dama. Voy á dejarle, y hubiera querido estar á su lado hasta el último día.

—Gracias, murmuró Neoutof.

Después de un silencio, repuso.

—¿Dónde se va usted á ir? Es forzoso que deje esta casa lo más pronto posible.

—Al convento de las hijas nobles de San Petersburgo, respondió Cleopatra.

—Está bien pensado, aprobó el general. Estará usted cerca de nosotros. . . . ¿Cuándo parte?

—¿Cuándo tengo que partir?

—Hoy si puede. La ley exige un plazo de dos años; pero espero que será abreviado para usted.

Cleopatra se estremeció mirándola con angustia.

—¡Oh! dos años; no es posible, dijo la jóven lentamente.

El la miró, sorprendido de aquel acento desesperado, y la verdad se le apareció de repente.

—¿Usted sufre? dijo el general con afecto extraño, torpe, y sin embargo lleno de bondad.

La jóven sonrió y le tendió la mano en un ademán adorable de ternura filial.

—He sufrido, respondió. Ahora soy dichosa.

El general continuaba mirándola con sus ojos sin pestañas, y la veía tan débil que le produjo miedo.

—¿Qué puedo hacer por usted? le preguntó con el corazón apretado. Mi casa, mi fortuna y yo mismo estamos á su disposición, ¿Desea usted algo?

—Nada respondió la jóven, nada en este momento. Al irme le pediré algo.

—Entonces, querida hija mia, haga sus

preparativos. Parece como que yo la despidiendo, pero es en su interés, se lo aseguro....

Cleopatra se levantó; el general no podía acompañarla; ¡tanto sufría! En la puerta se volvió la jóven y le envió una de esas sonrisas de mujer amada que quiere que se acuerden de ella.

¡Sirena! pensó el general cuando hubo ella desaparecido, ¡adorable aparición! Tengo más felicidad que la que merecía... Vamos, valor... Se trata de saldar esta deuda; seamos honrados.

Se volvieron á encontrar en el desayuno y por un comun acuerdo, se esforzaron en prolongarlo más allá de los límites ordinarios; jamás habian tenido tantas cosas que decirse, tantos pensamientos delicados que comunicarse. Si alguno de los dos experimentaba alguna amargura, pugnaba por ocultarla cuidadosamente, á fin de no envenenar aquellas últimas horas, de que debian guardar un recuerdo sin mancha. Cleopatra habia enviado á Ultrico un telegrama para advertirle que saldría de Sarskoe Selo en el tren de las cuatro. Otro telegrama habia advertido á la priora del convento de Hijas nobles. La priora era algo parienta de Neou-

toí, así es que éste la había suplicado con insistencia, por amor de él, que acogiese con bondad á la paloma venida que le enviaba.

Después del almuerzo, los últimos arreglos detuvieron á Cleopatra durante una hora próximamente en su habitación. Se llevaba poca cosa; ropa blanca y un vestido negro de larga cola, que llevaría al coro con las religiosas, con quien compartiría los ejercicios piadosos. Apareció, en fin, lista para el viaje, con un sombrero de encaje negro sobre sus hermosos cabellos dorados, un traje negro dibujando su talle admirable, aunque delgado; tenía el aspecto muy enfermizo; y sin embargo, una apariencia ideal de juventud flotaba á su alrededor.

Entró en el cuarto de su marido, trayendo una cajita tan pesada que la abrumaba bajo el peso. Depositó su carga sobre la mesa delante de él.

—¿Qué es eso? preguntó el general en voz ruda.

Él conocía, sin embargo, aquella cajita; era la canastilla de boda que cinco años ántes le había enviado.

Cleopatra la abrió. Todas las joyas de los abuelos que había llevado desde su matri-

monio estaban allí, muy bien colocadas: zafiros, perlas y diamantes, pulseras y collares, alfileres y broches, todo estaba en su sitio, sobre el terciopelo azul oscuro, casi negro, de los compartimientos etiquetados.

—Son los diamantes de su familia, dijo Cleopatra. He guardado el anillo de esponsales, porque lo compré usted en casa de un joyero.

—Se las he dado todas. Neoutof no toma lo que da; replicó bruscamente el general, rechazando con un ademán la cajita.

—Y yo, repuso Cleopatra con su dignidad soberana, no puedo aceptar lo que debe volver á su familia.

—O á las iglesias, interrumpió el general.

—A las iglesias, sea. Solo me llevo el diamante de esponsales..... y el recuerdo de su increíble bondad.

Neoutof miró la sortija que brillaba en un dedo de la joven, y su mirada se hundió en la cajita; en medio de los brillantes, el lugar de honor estaba reservado á un simple anillo de oro, el anillo nupcial.

Neoutof retiró el suyo con trabajo de sus dedos nudosos, y lo depositó junto al otro.

—Que duerman juntos, dijo; todo esto irá á enriquecer á alguna imagen. Usted lo ha querido, señora; pero pienso sin duda, que no se puede pagar bastante la dicha.

—¡La dicha! repitió Cleopatra con tristeza. Dos lágrimas estaban á punto de correr sobre sus mejillas; supo retenerlas por un esfuerzo de voluntad.

—Yo le habia dicho que le pediria algo, repuso ella casi inmediatamente.

—¡Ah, sí, es verdad! dijo el general con solicitud.

—Deme su bendicion, padre mio, dijo la jóven, "porque he pecado contra el cielo y contra usted"; pero su alma está llena de misericordia.

La jóven se habia arrodillado ante el general.

—¡Hija mia! exclamó Neoutof en voz contenida. Que Dios te acompañe y te preserve de toda desgracia, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Habia hecho el signo de la cruz sobre la hermosa frente de ella, levantada hácia el cielo. Entonces la tomó en sus brazos y la estrechó largo rato.

—Que Dios te recompense, hija mia, le dijo, por la alegría que trajiste á esta casa... te la llevas consigo... ¡ojalá la lleves á otra parte más grande y más completa!

—El esfuerzo era superior á lo que puede soportar la naturaleza humana. Cleopatra le vió palidecer y caer para atrás.

—No es nada, murmuró con dificultad. No es nada....

Cleopatra seguia en pié delante de él, inquieta. El general la despidió con un ademán.

—Estoy mejor, dijo. No tema usted nada, no le daré el pesar de morirme, porque no lo ha merecido. Ve, hija mia, ve en paz.

Salió, y durante largo rato despues, el general miró la puerta por donde la jóven se habia marchado. Su comida solitaria le fué servida en un sillón. El dia terminaba; el crepúsculo invadió la habitacion tranquila, donde los brillantes lanzaban misteriosos fulgores; vino luego la noche. Neoutof no quiso que le trajeran luz, y hasta muy tarde permaneció inmóvil, mudo, con los ojos fijos en aquella puerta oscura, por donde no volveria á pasar más Cleopatra.

Que Dios le recompense, hija mía. La
 que por la dignidad que trajiste á esta casa...
 de la llaves con... * * *

El convento es, no triste y sombrío como un claustro gótico, sino blanco, encalado, agujereado, de ventanas, como una manufactura; las celdas son claras y limpias á decir verdad son habitaciones, donde cada una lleva los muebles que le son queridos. Los grandes y anchos corredores, bien iluminados, se parecen á los de los colegios de señoritas; nada tiene de lúgubre ni de asético: allí anida una santificación para uso de las personas bien nacidas.

Solamente por la ventana de la celda de Cleopatra, se ven los monumentos pomposos de un cementerio. Es muy hermoso que le entierren á uno en Dievitche; las rogativas son buenas; mejores, según parece, que en ninguna parte, excepto en el Monasterio de San Alejandro Novsky. Desgraciadamente para este, ya no tiene terrenos disponibles, pero es suficientemente rico para contentarse con las fundaciones ya existentes.

XXVII

Cleopatra se habia acostumbrado á aquella vida piadosa y normal que adormia sus pensamientos dolorosos. Ahora estaba llena de esperanza. Las formalidades necesarias se cumplian con regularidad; estaba al corriente de sus asuntos por las visitas de su abogado y por las cartas de Neoutof, que solia escribirle con frecuencia.

Tambien leia las cartas de Ulrico.